

Discurso de la historia univ. (part. 2, núm. 1), y el P. Kircher (Mund. subter. 2, par. pág. 337) siguen la misma opinion¹.

CAPÍTULO II.

Inmortalidad del alma.

183. *P.* ¿Y es verdad que el celo por el dogma consolador de la inmortalidad es el que ha movido á los sabios de todos los siglos á enseñar que el alma es espiritual?

R. No ciertamente. La sana filosofía no admite una opinion, porque es útil ó consoladora, sino porque es verdadera. Si el alma pudiese ser material, se debería decir y enseñarse así; porque á sola la verdad es á la que debé mirar el sabio. La materia no puede obrar, ni pensar; la idea de la materia es incompatible con la simplicidad, y el sentimiento íntimo que cada hombre tiene de sí mismo, como hemos dicho: esto es lo que convenció y movió á todos los filósofos á explicarse así sobre el particular; miraron la cosa en sí misma, y no las consecuencias.

184. *P.* Si el alma fuese material ¿no se seguiria evidentemente que moriria con el cuerpo?

¹ Esta hipótesis, ya extrañamente desfigurada por M. Carra en sus *Nuevos principios de física*, la ha extendido hasta el origen y naturaleza del alma humana; error confutado por el sentimiento íntimo, ó testimonio de la conciencia, como ya lo hemos observado, por la simplicidad profundamente sentida por el espíritu, que reflexiona sobre sí mismo, y que produce aquel *Yo* único, indivisible, inefable, el cual decide definitivamente contra todas las ideas del materialismo; y últimamente por la voz de la fe que nos enseña, que solo en el hombre inspiró Dios el soplo de vida, ó el alma humana; que solo el hombre ha sido hecho á imagen y semejanza de Dios; y por consiguiente, que *el fluido elástico hasta el extremo* de M. Carra, no tiene mas relaciones con el principio inteligente que nos anima de las que tiene con el mismo Dios.

R. Antes de deducir esa consecuencia, convendria probar que una materia capaz de inteligencia, no era capaz de la inmortalidad; y que es mas imposible concebir una materia inmortal que una materia capaz de pensar: el pensamiento es tan excelente como la inmortalidad; pues si habia podido elevarse hasta aquel, ¿porqué no podria llegar hasta esta? Además: los primeros elementos de la materia son indestructibles por su simplicidad é incorruptibilidad: ¿porqué pues nuestra alma, cuya simplicidad es infinitamente mas perfecta y mas bien conocida¹, no tendria la misma propiedad, en la hipótesis de ser de la misma naturaleza²? No: la espiritualidad del alma no es la única prueba de su inmortalidad; primeramente, porque la verdad de la Religion cristiana está probada con unos fundamentos incontrastables, y esta me enseña que soy inmortal; seria pues necesario convencerla antes de falsedad, que corregir mi credulidad. 2^o La existencia de Dios es una verdad que no puede negar el hombre sensato: pues esta verdad está íntimamente ligada con la inmortalidad de nuestras almas. El universo supone una causa, porque es un efecto, y donde hay efecto, es preciso que haya causa que le produzca, y así deducimos del efecto la existencia y atributos de la causa; entre estos atributos hay algunos que suponen evidentemente la conservacion de nuestras almas, sea cual sea su naturaleza. 3^o La distincion del vicio y de la virtud no es una cosa arbitraria, sino nacida con el hombre, y gradaba en su alma con caractéres indelebles; y sin embargo no habria tal distincion, si el alma no sobreviviese al cuerpo.

¹ Los elementos de la materia son homogéneos, pero su indivisibilidad es al menos muy dudosa; al contrario la unidad de aquel *Yo* que íntimamente se siente: este sentimiento íntimo de sí mismo produce el mayor convencimiento posible, y excluye toda idea, no solo de composicion, sino tambien hasta de division y de partes.

² Esto hizo decir á un hombre de talento, « que solo un interés secreto y vergonzoso, contrario al amor y deseo natural que tenemos de existir, es el que puede hacernos exceptuar á nuestra alma de la suerte eterna de las materias brutas é inanimadas. »

185. *P.* ¿Pues cómo inferis la inmortalidad del alma de la existencia de Dios?

R. Sencilisísimamente; mirad: si hay Dios, debe ser, y es justo; si es justo, no puede menos de premiar al bueno; y castigar al malo; en el mundo muchas veces el impío prospera y vive nadando en la abundancia hasta la muerte, y el bueno y justo espira á veces entre cadenas y trabajos; con que si Dios es justo, y no recompensa al uno, ni castiga al otro en la tierra, preciso es que lo haga despues en el tiempo y lugar que determinará su soberana justicia¹. « Cuando no tuviese mas » pruebas de la inmortalidad del alma que el triunfo » en que veo por lo comun á los malvados en este mundo, y la opresion del justo, esto solo bastaria para no » poner la menor duda en ello. Una disonancia tan extraña en la armonía del universo, me haría buscar » modo de resolverla; y me diría á mí mismo: no, todo » no acaba para mí con la vida; preciso es que todo entre » en su orden á la muerte. » Así se explica un hombre á quien los inerédulos escuchan gustosamente. (*Espiritu, max, y princip. de Rousseau, c. 2, art. de la espiritualidad del alma*). Añadiremos á él un pasaje patético y sublime de un famoso filósofo inglés (*Adisson en la tragedia Caton de Utica*); cuyas palabras son en verdad la expresion del sentimiento que la naturaleza ha puesto en el corazon del hombre.

Sí, Platon, yo convengo con tu idea:
Inmortal es el alma, pues se advierte
Que la habla un Dios, un Dios en ella vive,
Y en su esencia se agita, piensa y siente.
Y no siendo por él ¿de dó naciera
Su innata prevision? ¿de dónde el fuerte

¹ Este racionio sencillo, pero ineluctable, está expreso de un modo laconico, y lleno de energia en aquellas palabras del salmo LVII: *Si est fructus justo, utique est Deus judicans eos in terra*; Es cierto que de aquí solo se sigue directamente que el alma sobrevivirá al cuerpo, pero no necesariamente su inmortalidad; sin embargo, jamás hombre alguno que ha creído que el alma sobrevive al cuerpo, ha dudado que fuese inmortal. Tendremos ocasion de explicar mas este punto tratandó de la *eternidad de las penas*.

Horror con que á la nada se resiste,
Y por el que odia los caducos bienes?
Hácia siglos sin fin arrebatado
Por un instinto incógnito y celeste,
Los hierros rompere con que cautivo
El mundo y los sentidos me retienen.
Léjos del cuerpo que en el lodo yace:
Léjos de cuanto exista de terrestre,
De la asombrosa eternidad las puertas
Abriré, y de una vida para siempre.
¡Eternidad! ¡palabra consolante,
Que palabra tambien de terror eres!
Sombras y luz.... Profundidad inmensa....
¿Quién soy? ¿adónde existo hora presente?
¿Para dónde en la tierra me dirijo?
¿Quién de donde salí decirme puede?
¿A cuál país ignorado, á cuáles sitios
Emigrará mi sér, apenas suene
De mi disolucion la hora prescripta
Eu que de mí yo mismo me segregue?
Vengar su causa, castigar al malo
Como perfecto Dios sin duda debe;
Pero ¿cómo? ¿en qué tiempo y en qué mundo?
En este globo la virtud se advierte
Llorosa y oprimida por la audacia:
Arrodillada la inocencia tiende
El dócil cuello al criminal acero:
Fuerza es salir de estancia tan aleve.
¡O verdad celestial! sin sombra alguna
He de mirarte en la suprema fuente:
Pues es, segun te ocultas en la tierra,
Sueño la vida, y despertar la muerte.

§ 2.

186. *P.* Pero aun cuando el alma no fuese inmortal, ¿no tendria siempre deberes que cumplir, y por consiguientemente se deberian huir los vicios, y praticar las virtudes?

R. El primer deber entonces seria ver cómo vivir alegre, tranquilo y sosegado en una felicidad transitoria y pasajera, y gozar de los placeres presentes á costa de todo lo que pudiera oponérseles. No cuidar, ó despreciar un deber, que la razon y el amor invencible de mí mismo me sugeririan continuamente; si no era un crimen,

seria al menos una locura. La virtud vendria á ser el tormento y azote del hombre, y los que la siguiesen unos insensatos¹. *Hablando de la existencia de Dios, dijimos tambien algo sobre esto* (lib. 1, cap. 5).

187. P. ¿Pero la ley natural no dicta que no hagamos á los otros lo que no quisiéramos que se hiciese con nosotros mismos? ¿no hay otras mil leyes igualmente fuertes, é independientes absolutamente de todo sistema?

R. Estas leyes dejan de ser naturales, y aun de ser leyes, y pasan á ser extravagancias en el momento mismo en que se trastorna por su fundamento el estado de la naturaleza, dando á su Señor y Rey una alma mortal y perecedera, haciéndole igual á los brutos, señalándole la misma felicidad, y proponiendo los mismos fines á sus deseos. En este caso es evidente que no habria mas leyes para el hombre que para las bestias. Si la felicidad de los hombres se redujese á unos cuantos dias, no debería llevar á mal, ni podria quejarse de que se la procurasen aunque fuesen á costa mia: y ciertamente seria una suposicion falsa el sobredicho axioma: no hagas á los otros lo que no quisieras se hiciera contigo. Si el hombre tiene el mismo destino que las bestias, si su alma no es otra cosa que un poco de materia sutil, agitada por el impulso de otra materia, todo lo que hago en favor ó contra un sér de esta naturaleza, no importa mas que el tratamiento ó porte que tenga con las otras, que se comen crudas; ó con el pescado, que le frio en la sarten². Quién será el legislador, el conservador y vindicador

1 Ergo malum est virtus, et inimica naturæ, stultumque iudicari necesse est, qui eam sequitur, quoniam se ipsum lædit. *Lactant. restit. L. 7, c. 9.*

2 Hay en esto una diferencia que merece observarse. El cristiano, sirviéndose de los animales, segun las disposiciones de la Providencia, conserva sin embargo para con ellos una especie de sensibilidad aprobada en los libros santos, y fundada en la idea de un Supremo Señor, que da el sér y la vida á todo cuanto respira. El impío, por el contrario, que no ve ni en el hombre, ni en el bruto, sino un capricho de la materia, por una consecuencia legitima, hace de uno y otros el juguete de sus pasiones, y de su humor maléfico. *Novit justus jumentorum suorum animas; viscera autem impiorum crudelia. Prov. 12.*

de estas leyes? ¿Dios? no: demostrada está ya (n. 183) la conexion íntima que hay entre la idea de la inmortalidad del alma con la de la existencia de Dios? ¿Los remordimientos de la conciencia? no los habria: (n. 115 hasta el 132) el impío se aplaudiria en su mal obrar... ¿El amor á la virtud? ¿qué virtud? ¿qué amor? ¿quién ama una quimera, un afecto maléfico, enemigo de la felicidad y de la razon?

188. P. El amor de la patria, el honor militar, el heroismo de las acciones guerreras, parece que tienen tambien relacion con la inmortalidad del alma, y sin embargo ¿podrian subsistir en el sistema del aniquilamiento?

R. En manera alguna: ni esas, ni ninguna otra accion brillante, ó apreciable del hombre. Oigamos cómo se expresa sobre este punto un genio vivo y verdadero¹.

1 Estoy muy léjos de suscribir al parecer de M. Clement sobre las obras de Young, particularmente de sus *Noches*, obra maestra en el género lúgubre. Su crítica parece trabajo de un genio mas sutil que justo. Tomar separadamente algunas expresiones, y reunir las para desacreditar una obra llena de jugo y de bellezas incontestables, es ejercer una clase de censura que Ciceron llamaria *tiranía gramatical: Grammatica non Aristarchus, sed Phalarides*. Un filósofo, aunque enemigo furioso de toda religion, ha hecho mas justicia á este hermoso poema. «Todo el mundo, dice, ha leído este libro moral, y todos han admirado aquel lenguaje sublime que eleva el alma, la nutre y conmueve, porque está fundado sobre grandes verdades, presenta objetos grandiosos, y saca toda su dignidad de su verdadera grandeza. Yo no he leído cosa tan original, tan nueva, tan interesante. No puedo menos de amar aquel sentimiento profundo, que siendo siempre el mismo toma tan diversos aspectos, y se diversifica de mil maneras. Es un rio caudaloso que me arrebató. Admiro, me regocijo con aquellas imágenes fuertes y vivas, cuya valentía corresponde al objeto que trata, y quiere expresar. En otros libros se ven pruebas mas metódicas de la inmortalidad del alma; pero en ninguna se hiere el corazón como aquí. El poeta ataca, subyuga, y ni aun deja facultad para hablar en contrario. «El autor de las *Helviánas*, obra elocuente, y de raciocinio profundo, ha tratado tambien la misma materia de un modo brillante, y que satisface completamente. Estableciendo esta verdad con todas las pruebas de una razon

(*Young, Noche 10*). « Ciudadano valeroso, detente :
 » ¿dónde vas, temerario? — A defender la patria, y mo-
 » rir gloriosamente por ella. — Sí, si te crees inmortal,
 » puedes arrostrar la muerte, porque sabes que la muerte
 » no puede acabar contigo, sobrevives á ella : mas si lo
 » pierdes todo con la vida, tu valor me causa compa-
 » sion : vuélvete á morir como cobarde, para no morir
 » como insensato. Un incrédulo atrevido, que arrastra-
 » do del orgullo, del ejemplo de otros, del ansia del
 » botín, y de las riquezas, ó del deseo de vengarse, cor-
 » re á exponer su vida, y perderla, ó á perecer por debi-
 » lidad, es un loco extravagante. Víctima infeliz de una
 » brillante quimera, deja hundir esa tu patria, y acógete
 » á una tabla que te salve en su naufragio. — Mi patria,
 » mi Rey me mandan morir. — ¿Y qué te importan á tí
 » tu patria, ni tus Reyes?..... La felicidad es premio ne-
 » cesario del sacrificio de la vida..... Si la virtud nos
 » cuesta la vida, la virtud es para nosotros el mayor de
 » los delitos : porque viola nuestra suprema ley. A pesar
 » de las naciones, que aplauden á sus víctimas, tu no
 » eres mas que un suicida perverso..... El vicio que me
 » hace feliz, es mi suprema ley, y la cobardía que me
 » conserva, mi asilo, y mi virtud. » — O virtud, decia
 » Brutó al tiempo de quitarse la vida por sus propias ma-
 » nos; ó virtud, á quien he seguido todo el curso de
 » mis días, y por quien he dejado todos los placeres y
 » riquezas, ¿ es posible que no eres mas que una som-
 » bra sin poder ! ¡ el vicio ha de quedar siempre supe-
 » rior, y triunfar de tí ! de hoy mas ¿ qué mortal querrá
 » seguirte, ni adherirse á tu inútil poder ? »

189. *P.* ¿ No es bastante recompensa vivir en la me-
 moria de los hombres, gozar de un nombre inmortal, y
 recibir de todas las generaciones futuras los homena-
 jes y réspedes debidos á la virtud ?

R. 1º Este homenaje y rspedes serian una locura de
 parte de los que le tributasen. Porque ¿ á quién los
 daban ? Honrar lo que no es, ni existe, reservar su es-
 timacion para la nada, solo puede hacerlo un loco re-
 matado.

fuerte y vigorosa, ridiculiza al mismo tiempo á sus contrarios,
 y hace odiosos y despreciables sus desconsoladores sistemas.

2º ¿ Qué me importa lo que dirán, ó pensarán de mí,
 cuando yo no exista ? ¿ no es mucho mejor vivir y sen-
 tir, que morir porque hablen de mí ? Me parece que es
 ocasion de repetir con uno de los mejores ingenios de
 Roma.

Id cinerem, aut Manes credis curare sepultos? Æneid, IV, 3.

¿ Piensas que á aquellos que en la tumba yacen
 Hechos polvo estas cosas satisfacen ?

Solo la conservacion y la perpetuidad del alma en la
 luz de Dios es lo que puede mirarse como una inmortalidad digna de nuestros deseos, y de nuestras admiracio-
 nes. Allí el hombre goza realmente de la gloria de ser in-
 mortal ; presente á sí mismo, sintiéndose y conociéndose
 á sí mismo, mientras que la nada ignora los elogios que
 se tributan á lo que no es, él goza segura é imperturba-
 blemente de ellos, porque recibe esta inmortalidad del
 autor de la vida, que es el único que posee la eminente
 prerogativa de ser y existir siempre, y el único que pue-
 de comunicarla : *qui solus habet immortalitatem* (1 Tim.
 VI).

3º ¿ Y esa memoria de la posteridad, aun cuando fue-
 se una recompensa digna de la virtud, ¿ cómo me la
 aseguro yo ? De ciento que la merecen, apenas hay uno
 que la obtenga. « ¿ Cuántas acciones heroicas, dice Mon-
 » tagne, no quedan sepultadas en un dia de batalla ? De
 » tantos millares de valientes muertos en Francia con las
 » armas en la mano desde el año de 1500, apenas el nom-
 » bre de ciento han llegado á nuestra noticia. No como
 » quiera la memoria de los soldados, la de los genera-
 » les, hasta la de las batallas mismas se han perdido¹.

1 Un antiguo vino á decir poco mas ó menos lo mismo :

Vixere fortes ante Agamemnona

Multi ; sed omnes illacrymabiles

Urgentur, ignotique longa

Nocte, carent quia vate sacro.

Horat.

Marco-Aurelio á la verdad de estas reflexiones añade aun la ob-
 servacion de que los mismos que fueron célebres, y han dado
 materia á los oradores y poetas, están hoy sepultados en un total
 olvido, juntamente con los autores de sus elogios. *M. Ant. Imp.*
MM. Eorum quæ ad te ipsum.

» Las fortunas de mas de la mitad del mundo, por falta
 » de registros y documentos, no salen de su lugar y se
 » desvanecen en breve. ¿Se nos figura acaso que á cada
 » cañonazo que se dispara, que á cada peligro á que nos
 » expongamos, á cada bateria que ataquemos y arros-
 » tremos, hay al pié un escribano que dé fe, ó lo anote
 » en sus protocolos? y enhorabuena que así fuese;
 » cien notarios podrian escribirlo en sus apuntes; pero
 » sus memorias durarán dos ó tres dias, y no serán lei-
 » das de ninguno. » Observación incapaz de curar á los
 hombres de esos vanos deseos de inmortalidad, y de esa
 locura de buscar la recompensa de la virtud en el humo
 y viento de la gloria.

4º El juicio de la posteridad se muda segun las máxi-
 mas dominantes, y se arregla por la filosofia del tiempo
 y de la moda. Un mismo hombre, una misma accion es
 sucesivamente alabada y vituperada, aplaudida y menos-
 preciada, segun que dominan y se van formando diversas
 ideas, otros principios, y fundamentos de la estimacion
 pública. En nuestros dias hemos visto tratar de insensatos
 y malvados á los Constantinos, Teodosios, Carlo-Magnos,
 al paso mismo que se prodigaban elogios á los Sarda-
 nápalos, Julianos y Cromweles. Despues de esto, ¿qué
 caso debemos hacer de esa gloria, que los hombres
 prometen á la virtud?

5º Por lo mismo que uno quiere ser virtuoso por el
 deseo de que le admiren y celebren, ya no lo es; pues
 pone por fundamento de sus virtudes la frivolidad del
 orgullo y ambicion. Ansioso del humo de las alabanzas,
 obrará el bien en las ocasiones públicas y brillantes,
 en que la trompeta de la fama esté pronta á publicarlo,
 y el talento de los redactores de las gacetas y diarios se
 apresure á ejercitar la charlataneria de su lenguaje
 enfático, y empalagoso de la *humanidad benéfica* y *emi-
 nentemente virtuosa*. Pero el hombre de bien, que no
 obra sino por el impulso de su corazon, y siguiendo en
 su conducta principios verdaderos, sólidos é inmutables,
 fruto de la persuasión, y del sentimiento interior, des-
 deña la frívola y ridícula recompensa de un momento
 de fama; ó mas bien, se avergüenza de hallarse aso-
 ciado en los mismos elogios, y en los mismos escritos

con los secuaces de una virtud facticia y jactanciosa. La
 virtud verdadera, si pudiese, se ocultaria de la vista de
 los mortales, en la oscuridad mas impenetrable: con-
 tenta solo con ser vista por aquel supremo Sér, que es
 el verdaderamente digno de ella, de ninguna cosa cuida
 menos que de los encomios y censuras de los hombres,
 de sus odios y favores, de sus juicios y comentarios¹.

§ 3.

190. *P.* Además de estas grandes pruebas tomadas
 de la esencia misma de Dios, y de los derechos inviola-
 bles de la virtud, ¿hay algunas otras razones que com-
 prueben este dogma consolador y tan sublime de la in-
 mortalidad?

R. Sí, hay muchas; pero no creemos necesario dete-
 nernos á hacer de ellas una enumeracion individual,
 siendo esta, como es, una asercion suficientemente es-
 tablecida por las primeras nociones ó conocimientos del
 alma. Tal es, por ejemplo entre otras, el consentimiento
 universal y unánime de todas las naciones y de todos
 los tiempos: tal es igualmente ese ardiente, siempre
 vivo, y nunca saciado deseo de vivir eternamente, y ese
 horror de la nada, tan firmemente grabado en todos
 los corazones: tal es el respeto, que en todos tiempos
 se ha conservado á la memoria de los hombres grandes:
 porque en la hipótesi de una muerte total, ese respeto
 no seria mas razonable que el que se tuviese á una llu-
 via que hubiese regado los campos, ó á un viento que
 nos hubiese facilitado una navegacion feliz. No hay
 quien allá en su interior no sienta una repugnancia á
 creer que las almas justas, los hombres grandes sean del
 todo aniquilados, y no quede de ellos mas que el nom-
 bre, y las cenizas². San Pablo se valió de esta reflexion

1 Ipsa quidem virtus pretium sibi, solaque late
 Fortunæ secura nitet, nec fascibus ullis
 Erigitur, plausuque petit clarescere vulgi;
 Nihil opis externæ cupiens, nihil indigna laudis,
 Divitiis animosa suis.... Claudianus.

2 ¡Y qué, dice el autor *des Études de la Nature*, por premio

para persuadir la resurrección de los muertos¹. Los gentiles conocieron su exactitud, y cuan congruente y razonable era². Tal lo es además el acrecentamiento infinito que tendrían las desventuras del hombre, si todo él debiese morir. Los brutos ocuparían el primer lugar en el mundo, y su estado excitaría los celos del hombre que los sujeta, y se sirve de ellos. Esta es observación de todos los sabios y prudentes; y el poeta filósofo que acabamos de citar (*Young, noche 10*), la explica en estos términos: « Ó hombre, si esa es tu suerte, vé á buscar » en los establos á tus señores; y depon á sus piés tu ce- » tro imaginario, y tu ridícula dignidad de Rey de todos » ellos. El esclavo eres tú; ellos son tus Reyes y tus su- » periores en todo lo que pertenece á los sentidos. Bajo » sus piés crece la yerba, que pacen sin necesidad de » cultivarla; la bebida se la ofrece por donde quiera » gratuitamente la naturaleza; el arroyuelo no cesa de » correr, y murmurando les ofrece sus aguas para apa- » gar su sed: su vestido nace con ellos, y crece á la par » con su cuerpo, sin que tengan que ir, arrojando pe- » lígros y trabajos, á buscarle en países extranjeros; ni » han menester llevar la guerra á países lejanos para » arrebatárles sus tesoros: su fortuna y sus riquezas es-

de nuestras virtudes, nuestra suerte sería el confundirnos con los elementos! ¡ Tu alma, sublime Fenelon, se exhalaría en materia inflamable! y ella ¿ habría tenido en la tierra el sentimiento de un órden que no hay en los cielos? ¿ Cómo! ¿ todo al rededor de nosotros sería materia? ¿ Seríamos engañados de ese movimiento involuntario que nos hace alzar los ojos al cielo en el exceso del dolor para pedir consuelo y alivio? El animal, que está próximo á morir, se abandona todo á sus instintos naturales. El ciervo, acosado de los cazadores, se embosca en lo mas escondido de las selvas, contento de exhalar el *espíritu selvático* que le anima, bajo sus sombras hospitalarias: la abeja moribunda deja las flores, y se viene á espirar á la entrada de su colmena, y á dejar, digámoslo así, por legado á sus compañeras y su amado reino su instinto social: y el hombre, siguiendo su razon, no hallará nada en el universo digno de recibir sus últimos suspiros!

1 Si mortui non resurgunt, ergo et qui dormierunt in Christo, perierunt. *I Cor. xv.*

2 Ego quidem viros clarissimos vivere arbitror, et eâ quidem vitâ, quæ sola vitâ nominanda est. *Cic. Cato, m. c. 4.*

» tán custodiadas por la naturaleza: ni para conservar- » las, tienen jamás precision de citar á sus hermanos » á los tribunales del foro contencioso, ni buscar arbi- » tros que los concuerden en el repartimiento de sus » herencias. Un verde y fecundo prado es para ellos el » Eden, el jardín de su felicidad... Solo el hombre tiene » el triste privilegio de derramar lágrimas, y las oca- » siones de ejercitarlo le son bien frecuentes. Mas di- » chosos los animales que él, no viven afligidos en el » curso de su vida; sus males se limitan al dolor: sus » lamentos cesan con la sensación, y no dejan el re- » cuerdo triste de los trabajos y sentimientos pasados; » no se afligen de los males que sufrieron, ni una fu- » nesta prevision les hace temblar de los que les ame- » nazan. La muerte les sobreviene sin espantarlos, ni » la sienten más que en el momento que los acaba. Un » mismo golpe comienza y termina sus males. ¿ Y nos- » otros tan cruelmente distinguidos de los brutos durante » la vida, nos confundiremos á la muerte con ellos en » un monton de polvo? »

191. *P.* Pero si los hombres son inmortales, ¿ cómo es que temen la muerte? ¿ no deberian por el contrario alegrarse de dejar la tierra?

R. Por esta objeción pueril se puede juzgar de la fuerza de las demás que acumula Lucrecio contra la inmortalidad del alma: pues que esta es la que parece adopta con mayor complacencia¹. Pero porque uno se crea inmortal, ¿ tiene acaso la seguridad de ser eternamente feliz? ¿ nuestras virtudes deponen claramente á nuestro favor? ¿ Es de extrañar que no seamos muy solícitos de buscar un tesoro puesto al otro lado de un océano borascoso, en el que los naufragios son muy frecuentes? ¿ no somos naturalmente inclinados á gozar de presente de las cosas que tenemos, aunque anhelemos por otras mejores y mas excelentes que no conocemos por experiencia, y que los sentidos aun no han probado ni prác-

1 Quòd si immortalis nostra foret mens,
Non jam se moriens dissolvi conquereretur;
Sed magis ire foras, vestemque relinquere, ut anguis.

ticamente tocado? Porque un francés, por ejemplo, no se sienta inclinado á dejar su país por otro, ¿deberá inferir que no haya otros, ó que no se vive fuera del suyo, y que necesariamente se muere en pasando los Alpes ó los Pirineos? ¿Qué diríamos de un filósofo que discurrese así? — Si el hombre no amase la vida, el género humano hubiera ya perecido. Pero lo que es un rasgo admirable y un efecto visible de la Providencia, en la boca de los epicúreos es un pretexto para impugnarla, negando la inmortalidad del alma, que necesariamente se deduce de ella. Los Dioses, decía un gentil, han ocultado á los hombres la felicidad aneja á la muerte, para que amen la vida. Solo en la última hora se conoce esta dicha¹.

1 agnoscere solis
 Permissum est, quos jam tangit vicinia fati,
 Victurosque Dii celant, ut vivere durent,
 Felix esse mori.... *Lucan.*

« La evidencia de esto, dice un filósofo que ya hemos citado »
 » otras veces, tendria los mismos inconvenientes que la de la »
 » existencia de Dios: si estuviésemos asegurados por algun tes- »
 » timonio claro y evidente (es decir, palpable á los sentidos, y »
 » absolutamente irrecusable) de que para nosotros hay otro »
 » mundo despues de la muerte, estoy persuadido que cesarian »
 » todas las ocupaciones en este. Esta perspectiva de una felici- »
 » dad divina nos pondria en una especie de éxtasis letárgico. Me »
 » acuerdo que cuando llegué á Francia en un bajel que venia de »
 » las Indias, la mayor parte de los marineros, luego que descu- »
 » brieron claramente la tierra, quedaron incapaces de gobernar »
 » el navio: unos, clavados los ojos en ella, la miraban sin poder »
 » volverlos hácia otra parte; otros se ponian los mejores vesti- »
 » dos, como si en el momento hubiesen de desembarcar; aque- »
 » llos hablaban solos; estos lloraban sin poder contenerse. Como »
 » hacia muchos años que habian estado ausentes, no se hártan- »
 » ban de mirar y admirar el verdor de las colinas, la frondosidad »
 » de los árboles, y hasta los peñascos de la ribera cubiertos »
 » de algas y de musgo, como si todos estos objetos fuesen para »
 » ellos nuevos y nunca vistos: las torres y campanarios de los »
 » lugarcillos y aldeas donde habian nacido, que se descubrian á »
 » lo léjos, y reconocian y nombraban los uno despues de los »
 » otros, los trasportaban de alegría. Pero cuando el navio en- »
 » tró en el puerto, y vieron en el muelle á sus amigos, á sus pa- »
 » dres y madres, á sus mujeres é hijos que inundados los ojos

§ 4.

192. *P.* ¿Y es cierto que este importantísimo dogma de la inmortalidad del alma no era conocido de los Hebreos?

R. El filósofo, que no cesa de atronarnos la cabeza con esta fábula, da con ella claramente á entender que no tiene mas conocimiento de los Libros santos, que de los de Zoroastro, y de Confucio que cita tan frecuentemente. Léjos de eso, los libros de los Hebreos están llenos de pasajes los mas claros y precisos que confirman esta verdad consoladora. No acabaríamos si los hubiésemos de referir todos. Dios le dice á Abraham¹, que él mismo seria un dia su recompensa. Cuando le hicieron creer á Jacob, que su hijo José habia muerto, exclamaba lleno de dolor, que en breve iria á reunirse con él: Jacob lo creia devorado por una fiera, y por consiguiente no podia entenderse de un mismo sepulcro². Los Patriarcas todos se miraban como extranjeritos, y peregrinos en la tierra; y San Pablo prueba admirablemente que esto no se entendia de la Mesopotamia, de donde habian salido, sino de la tierra de este mundo³. Por otra parte los Hebreos consultaban á los difuntos, pues Moisés les prohibió rigorosamente esta curiosidad criminal⁴. David dice que la muerte de los Santos

» de lágrimas extendian hácia ellos los brazos, y los llamaban »
 » por su nombre, fué imposible detener á uno siquiera á bordo; »
 » todos saltaron á tierra, y fué necesario segun la costumbre de »
 » aquel puerto, suplir á las necesidades del navio con otra tripu- »
 » lacion. Pues ¿qué seria si pudiésemos ver con nuestros mismos »
 » ojos sensiblemente aquella patria celestial donde habita lo que »
 » mas hemos amado, y el único que merece nuestro amor? To- »
 » dos los trabajos y vanas inquietudes de esta vida se acabarían »
 » en el momento. El pasaje de un mundo á otro fijaría todos »
 » nuestros deseos, y absorberia todos nuestros pensamientos; »
 » pero la naturaleza lo ha cubierto de oscuridad, y ha puesto por »
 » guardias para el tránsito (si se consulta solo á las pruebas físicas »
 » y sensibles) al espanto y el temor (*Etudes de la Nature.*) »

1 Ego merces tua magna nimis. *Gen. xv.*

2 Descendam ad filium lugens. *Gen. xxxvii.*

3 Hebr. xi, 9, 13, 14, 15 y 16. 4 Deuter. 18.

es preciosa delante de Dios¹. Saul rogó á la Pythonisa que le hiciese ver á Samuél². El libro del Eclesiástico, que todo él respira este dogma de la inmortalidad, es una coleccion de los sentimientos, y máximas de los mas antiguos Hebreos³. Job, que segun Goguet, vivia por los tiempos de Jacob, segun San Agustin, tres generaciones despues, y segun Huet, poco antes de Moisés, claramente dice, que resucitará, y verá á su Dios⁴. Habacuc deseaba la muerte para poder goza de la paz en compañía de los justos, y gustar de las eternas delicias en el seno de Dios⁵, etc., etc.

193. *P.* Si los Hebreos creyeron siempre la inmortalidad del alma, ¿porqué dicen las Escrituras que los muertos no alabarán al Señor?

R. Porque es sabido que en la ley antigua las almas de los justos no iban á gozar inmediatamente de la vision de Dios, sino que estaban en el limbo ó seno de Abraham, esperando al Mediador, para ir á gozar eternamente de Dios, cantando sus divinas alabanzas. Pero aun sin dar esta respuesta comun y ordinaria, la sagrada Escritura nos ofrece otra, por la cual se explica per-

1 Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus. *Ps.* CXV.

2 1. *Reg.* XXVIII. — *Eccli.* XLVI.

3 Jesu filii Sirac, prologus. Multorum nobis, et magnorum, etc.

4 Scio quòd Redemptor meus vivit, et in novissimo die de terra surrecturus sum, et rursus circumdabor pelle mea, et in carne mea videbo Deum meum. *Job.* XIX. Es cosa ridicula decir que Job habla aquí de su curacion: 1º porque esta no era una verdad que debía grabarse en plomo, mármoles ó pedernal como dice mas arriba: 2º porque se opondria á otros pasajes en que se ve que no espera curar VII, 7; XIX, 6, 10; XXIV, 15: 3º Job no podia esperar ver con sus mismos ojos corporales sino al Hijo de Dios, vestido de nuestra carne: *oculi mei conspecturi sunt*: 4º los Setenta vierten expresamente: *Dios me destruirá, y resucitará este cuerpo lleno de llagas*: 5º por último, lo que quita toda equivocacion es que Job dice, que aun cuando Dios le quitase la vida, esperaria en él: *Etiamsi occiderit me, in ipso sperabo*, XIII, 15.

5 Ingredietur putredo in ossibus meis, et subter me scateat, ut requiescam in die tribulationis, ut ascendam ad populum accinctum nostrum... In Domino gaudebo, et exultabo in Deo. *Habac.* III.

fectamente como se debe entender en los otros pasajes. Los muertos no daban gloria á Dios, como los vivos. *instruyendo á las generaciones futuras*¹; no podian ya convertir á los malos, *enseñándoles los caminos de Dios*²; no le rendian sus homenajes y respetos en *el templo*, en *la reunion ó junta general de los fieles*³; por último, no admiraban las obras del Señor, y el esplendor de su poder en *la tierra de los vivientes*⁴.

194. *P.* ¿No dice el libro del *Ecclesiastes*, que no hay diferencia entre el hombre y el bruto, y que el uno muere como el otro?

R. En el mismo libro que se opone se ve el sentido de este pasaje; pero parece que no le han leído los que tantas veces nos le objetan: vedlo aquí: «*Discurríendo sobre la naturaleza y el destino de los hombres, » dije pará mí, que Dios habia querido probar su fe y » su esperanza; y que por lo tanto habia puesto alguna » semejanza entre ellos y las bestias; que la vida y la » muerte eran comunes á los unos y los otros.*» Estos son casi sin variar los mismos términos del Libro santo⁵; el cual dice además expresamente al fin, que despues de la muerte, el espíritu del hombre se vuelve á Dios que le crió, para recibir el galardón ó castigo de sus buenas ó malas obras⁶. Es inútil pararnos á explicar qué significa aquí la palabra *espíritu*; porque ¿de qué naturaleza será un espíritu que se presenta á Dios para ser juzgado?

1 Vivens, vivens ipse confitebitur tibi, sicut et ego hodie: pater filiis notam faciet veritatem tuam. *Isai.* XXXVIII.

2 Docebo iniquos vias tuas, et impii ad te convertentur. *Ps.* L.

3 Vota mea Domino reddam in conspectu omnis populi ejus, in atriis domus Domini. *Ps.* CXV.

4 Non videbo Dominum Deum in terrâ viventium. *Isai.* XXXVIII.

5 Dixi in corde meo de filiis hominum, ut probaret eos, Deus, et ostenderet similes esse bestiis. Idcirco unus interitus est hominis, et jumentorum, et æqua utriusque conditio. *Eccles.* XXXI.

6 Revertatur pulvis ad terram unde erat, et spiritus redeat ad Deum qui fecit illum... Cuncta quæ fiunt, adducet Deus in judicium pro omni errato, sive bonum, sive malum. *Eccles.* XII.

195. *P.* ¿Pues de qué procede que una doctrina tan á propósito para conservar la observancia de las leyes, y consolidar la constitucion de un Estado, no sirvió de fundamento á la legislacion de Moisés?

R. 1º Aunque Moisés no se haya servido expresamente de la doctrina de las penas y premios eternos para hacer observar á los Hebreos la ley de Dios, el conocimiento que tenían de ellas, bastaba por sí, sin necesidad de los discursos y razones del legislador. De la misma manera que entre nosotros, la autoridad del Príncipe está sostenida por la de Dios, y por la fe de la inmortalidad, sin que las leyes nos recuerden estos motivos generales, conocidos á todos.

2º Aquel pueblo indócil, y de dura cerviz, adherido demasíadamente, y con exceso á la vida y bienes transitorios, se movia poco por premios y penas que no veía con sus ojos, y cuyo valor, precio y extension no comprendía su entendimiento: cuando despues comenzó á ser más atento y dócil, se le predicó el dogma de la inmortalidad mas frecuentemente, y con mayor energía. Los *Libros Sapienciales* están llenos de esta doctrina. 3º No debiendo principiari la posesion de los bienes eternos hasta la muerte del Redentor, este era un bien remoto y lejano, que debia hacer poca impresion en unos hombres, que solo atendian á los bienes presentes. Demostraremos despues que el pecado original y sus efectos eran conocidos de los Judíos. 4º La ley de Jesucristo debia ser por todos respectos superior á la de Moisés; y su efecto el de separar á los hombres, y desprenderlos de las cosas transitorias, y hacerles fijar sus miradas en la eternidad. La inmortalidad, pues, es la base de la Ley nueva, como los bienes y males temporales lo habian sido de la ley antigua. La figura no debia tener el mismo esplendor que la realidad, ni la sombra la excelencia y brillo que la luz. La predicacion del Señor debia tener una sublimidad, á que el siervo no había podido llegar. Esta reflexion, que hace Bossuet en el *discurso de la Historia Universal*, está expresa en muchos lugares de la sagrada Escritura¹.

¹ Misit me prædicare diem retributionis. *Luc IV. Isai. LXI.*

CAPÍTULO III.

De la libertad del Hombre.

196. *P.* Y esta alma espiritual é inmortal, ¿es libre?

R. El pensar lo contrario es hacer al hombre una máquina de resorte, un juego del hado ó de la fatalidad.

197. *P.* Siendo cierto que Dios prevé con toda certeza todas las acciones de los hombres; que un sér racional toma necesariamente el partido que le parece mas ventajoso; y que el hábito ó la costumbre viene á ser tambien una segunda naturaleza, y una inclinacion insuperable: ¿todo esto no parece destruir el dogma de la libertad?

R. No: á la primera objecion hemos respondido hablando de la presciencia de Dios (*Lib. I, cap. 3, § 3*). La segunda está desmentida por la experiencia: y en efecto, si el amor de la felicidad determinase, no digo necesaria, pero ni aun infaliblemente (que no es lo mismo¹, y es preciso distinguir bien), la eleccion del alma, el cristiano persuadido de la verdad de su fe, ó un gentil instruido en los males que trae consigo el pecado, no podría menos de seguir la virtud: y sin embargo es bien patente lo contrario. No hay uno que no admita aquella humillante confesion del poeta latino:

.....Aliudque cupido,
Mens aliud suadet; video meliora, proboque,
Deteriora sequor. — *Ovid. Metam. I, VIII.*

Non secundum legem mandati carnalis factus est, sed secundum virtutem vitæ insolubilis. *Hebr. XVII.* — Nunc autem melius sortitus est ministerium, quanto melioris testamenti mediator est, quod in melioribus promissionibus sancitum est. *Hebr. VIII.*

¹ Cuando yo, por ejemplo, me pongo á pasear, infaliblemente, seguramente me paseo; pero no necesariamente, porque puedo sentarme si me acomoda.